CARAS Y CARETAS

SEMANARIO FESTIVO

2ª EPOCA

Director ARTURO A. GIMENEZ

AÑO II

Nº 76

Agosto 11 de 1895

PRECIOS DE SUSCRICION

MONTEVIDEO	DEPARTAMENTOS
Un mes	$ 1.00
Seis meses	„ 5.00
Un año	„ 9.00

EXTERIOR

Los mismos precios en moneda equivalente con el aumento del franqueo

Número corriente 30 centesimos - Número atrasado 40 centesimos

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS

SE PUBLICA LOS DOMINGOS.

Oficinas Provisorias: CALLE URUGUAY, 301

MONTEVIDEO.

GALERIA CÓMICA

FOTOGRAFÍAS SIN RETOQUES

Fuera del ser diputado
ó senador, ú otra cosa
que le haga la vida hermosa
del gran Julio siempre amado,
es su más grande ambición
(ambición de alma sensible
y de duelista terrible)
ser siempre, siempre un *garçon*

IMP. Y LIT. LA RAZON; CERRO, 57

SUMARIO

TEXTO—«Zig Zag», por Arturo Giménez Pastor—«Para Ellas». Los estudios fotográficos (El de Chute y Broocks), por Alina Doré—«El puñado de nueces», por R. Torro—«Teatros», por Re-Bemol—La «Patética» de Beethoven, por Piruleto—«Entre dos fuerzas» (novela), por Arturo A. Giménez—Menudencias—Correspondencia particular—Avisos.

GRABADOS—Galería cómica (Fotografías sin retoques)—«Para Ellas»: S. A. la Princesa de Orleans—Retrato de la Sta. Lucía de Arteaga, por Aurelio Giménez—AL PARTIR, por Wimplaine II, y varios intercalados en el texto, por Aurelio Giménez.

ZIG ZAG

En fin; ya tenemos entre nosotros al mentado Sanarelli que hemos traido de Italia para que nos enseñe eso de la Bacteriolojía.

Los instintos de sociabilidad que se van desarrollando de una manera bárbara, exijían esta venida.

Aquí apenas sosteniamos relaciones, y eso de etiqueta, con el *coli comune* que nos presentó Morelli; esto no era para satisfacer á personas de circunstancias, y tal, como nosotros.

En primer lugar, el *coli comune* es un microbio entrometido, de esos cuya visita no se aprecia.

Se venía en montones dentro de un vaso de agua de Santa Lucía, como esas familias que caen en corporación á la hora de comer; esto, es claro, entra en la categoría de las cosas cursis.

Por otra parte, tener relaciones con el *coli comune!* Bah! Como buen *comune*, tenía que ser individuo muy vulgar. Era como tener amistad con un Juan cualquiera. Juan Perez, pongo por caso.

Era menester que nos fueran presentadas las eminencias del mundo bacteriolójico.

Y es lo que vá á hacer el Dr. Sanarelli, que se trae todas las enfermedades, desde el dolor de muelas producido por simple puñetazo de repercusión, sistema norte-americano, hasta el cólera morbo y la fiebre amarilla injeridas por deglucion de materias perjudiciales, como el agua corriente de Santa Lucia.

Puede que todo esto sea algo disparatado, científicamente hablando; pero yo me atengo á lo que dice la jente, que lo ha leido en los periódicos.

Segun ella, se trae Sanarelli todas estas enfermedades perfectamente acondicionadas en frascos de botica, como la Emulsion de Scott y las gotas Livonniennes.

—Es cosa cierta, le decía yo ayer á uno. Se asegura formalmente.

—Y ¿cómo los trae?

—En aguardiente.

—Me figuro qué borrachera tendrán encima los microbios.

—Siempre es una suposicion tranquilizadora. Porque estarán de no poderse mover y de fijo, á hallarse sueltos, no dieran con la entrada de nuestro individuo.

—Al contrario; deben salir furiosos. Por que con tanto tiempo dentro de aguardiente, estarán que arden.

En fin, que esto de traerse las enfermedades en frascos, es muy *fin de siecle*.

Eso de decír: Hombre, allí tengo unos cuantos kilógramos de difteria, de superior calidad, para chicos de uno á diez años (como en las tiendas de ropa hecha), es curiosísimo.

El gustazo que esto habrá dado á los aficionados á la Bacteriolojía, me lo figuro ya.

Por que los hay. Don Funesto Lopez se lo pasa todo el día echando vinagre en el queso para gozarse en la observación de la jeneracion espontánea.

—Son esperimentos míos, me decia. Yo espero sacar de ellos una conclusion favorable á mis intereses. Supóngase usted: si estos animalitos nacen del queso, solamente, es de colejír que el queso está formado por ellos; luego, ellos son los que constituyen el queso ¿no? Ahora bien; digo yo: si logro que estos seres se multipliquen en mi estómago, se producirá allí una elaboracion de queso al por mayor, y me ahorro de comprarlo ¿verdad? Lo dijiero sin comerlo.

—Pero con el tiempo llegará usted á oler como un *pategrás* con bigotes.

—No, hombre; es que variaré de alimentacion. Ya vé usted; una vez que por el mismo procedimiento descubra el microbio del puchero, estamos del otro lado.

—Caramba! ¿A tanto espera usted llegar, don Funesto?

—¡Oh! Yo lo espero todo de los microbios. Mire usted. He llegado á creer que hasta las cualidades morales de los indivíduos, son producto de los microbios.

—¿Eh?!

—Si señor. A que no se supone usted, qué microbio, segun mi teoría, hace que los hombres sean embusteros?

—No acierto...

—El microbio del queso... de *bola*.

Cuando le digo á ustedes que la microbiología va á llegar á lo maravilloso!

Como se jeneralice su estudio, se venderán enfermedades como quien vende porotos ó cada cual las cultivará privadamente, ya práctico en esas cosas.

El puñal va á ser sustituido ventajosamente por la enfermedad, y leeremos en los diarios:

«*Horrible crímen.*—Ayer fué bárbaramente asesinado el indivíduo Fulano de Tal. El arma de que se valió el criminal para llevar á cabo su designio, fué un *cólico miserere* complicado con pulmonía fulminante, tífus pútrido y dolor de riñones.»

Los duelos revestirán un carácter aterrador una vez que los microbios estén al alcance de todos.

En vez de elegir la espada ó la pistola, armas de mucho ruido, se concertará el lance, á *reumatismo articular* ó *indigestion cerrada*, y los duelistas se arrojarán una buena cantidad de microbios preparados al efecto, con lo cual la cosa será más rápida y menos ruidosa.

Las riñas, por lo consiguiente, cambiarán tambien de carácter. Nada de: «Que le reviento á usted el vientre de una patada!» ó «le rompo la cabeza en trozos, de un puñetazo!»

Las frases de amenaza serán más terribles y oiremos diálogos espeluznantes:

—¿Qué ha dicho usted?

—Lo que ha oido.

—Que lo vuelva usted á repetir, y le mando un ataque cerebral por la cabeza, animal!

—Hombre; yo no sé cómo me contengo y no le meto á usted un cáncer en esa croqueta que tiene por nariz y se la pudro á la minuta!!

Para que vean ustedes lo que traerá la llegada de Sanarelli y su importacion de enfermedades condensadas.

Que es lo que me decía Pepe, un mozo de tienda, tímido pero bízco.

—Es una barbaridad, ezo! Que permitan ezo! Un hombre que ze trae tantas enfermedades feas y malas! Ezo debiera prohibirze. Y le llaman *Zanarelli*, todavia! ¿A quien va á zanar con ezo?

—¿Y cómo quiere usted que se llame?

—Pues! *Matarelli*.

***

Aquí de la ley de las compensaciones.... ventajosas.

Sanarelli se habrá traido, nueva Pandora, todos los males, los más horribles, en su caja; pero en cambio, se fué Abella.

Y salimos ganando en el cambio, de veras.

El nuevo cónsul vá á hacer allí brillante figura; para algo se habia dedicado á aprender el inglés. ¡Y qué facilidad tíene para esas cosas!

Cuando se embarcó ya sabia decir *I will dine.--Quiero comer.*

***

En Rio Cuarto han sido descubiertos varios espias chilenos que desempeñaban el oficio de acróbatas y levantaban pesas, pirámides humanas y planos de la fábrica de pólvora.

«La autoridad dió de pronto el golpe y sorprendió á los espías» dice un diario argentino.

¿El golpe? como si nada; si estará hecha á los golpes esa gente!

—Por otra parte, me decía un sujeto que se aficiona á estas cosas de política internacional, dudo que puedan probarles nada, porque siempre podrán ellos presentar más pruebas.

—¿Y en qué se funda usted?

—Hombre; en que son *pruebistas*.

***

Y ahora, con perdon de ustedes, hablemos un poco de mí; yo lo lamento, pero me encuentro en un caso particular. Y prometo que será la última vez que ocupe la atención de ustedes, como es la primera.

Es el caso que el gremio de los Arturo Giménez se ha multiplicado más de lo regular. Y es incómodo, deveras, eso de tener muchos dobles-tocayos.

Las cosas que me han pasado por existir, (contra mi voluntad, lo juro,) otro Arturo Giménez, aquí, aquí mismo, no son para contadas.

El tal era estudiante. Y allá, de cuando en cuando, leía yo mi nombre como citado para comparecer ante el Rector.

—Soy Arturo Giménez, señor Rector. Se me cita....

—¡Ah! Sí; aquí veo que se ha matriculado usted en Dibujo Lineal, Latín, Gramática, Geografía, Derecho Civil y Filosofía del derecho.... Pero, joven! ¿Quiere usted hacerse la carrera de un sólo golpe? Poco le ha faltado á usted para pedir examen de Obstetricia, también.

—¡Cómo!—decía yo entre mí.—El rector ha perdido la razón!—No, señor; qué he de haberme matriculado en eso. Me contento y sobra con los cursos de primer año de Derecho!

—Pero aquí está su nombre. ¿Será usted un sér duplicado, por casualidad?

—No, señor; que yo sepa.... Tengo toda la integridad de mi individuo, exceptuada esta ceja izquierda que un golpe multiplicó en varias.

—Pero, entonces....

¡Se trataba del otro! Del otro, tan Arturo y tan Giménez como yo!

Quedaba aquello así hasta otra.

Que no tardaba en llegar.

—Le citan á usted.

—¿A mí?

—¿No es usted Arturo Giménez?

—Desde chico.

—Pues bien, le cita el Rector.

—Vamos allá.

—Hola, jóven; siéntese usted, me decía el Rector al verme. Quiero manifestarle mi disgusto por lo ocurrido anteayer en la clase de francés.

—Qué ha ocurrido? Desgracia, tal vez?

—Vamos; no se haga usted el desentendido; es muy informal eso de arrojar pelotillas al occipucio del profesor de francés.

—Sí señor; muy mal hecho.

—Y porqué lo ha hecho usted, entonces?

—¡Cómo, señor Rector! ¿Yo? Yo tengo el mayor respeto por los occipucios de los profesores de francés! Y soy formal aunque flaco.

—Pues no lo parece.

—¿Flaco? No cree usted que...

—No parece usted formal. Porque eso de arrojar pelotillas....

Les juro á ustedes que yo hubiera arrojado á mi doble tocayo contra el occipucio de toda su familia.

Luego me han dado bromas.

—¡Ah! ¿Y qué tal el baile en lo de ***? Me han dicho que bailó usted admirablemente.

Yo bailo como una damajuana averiada.

—Señorita,—decía,—Yo creo....

—No, no lo niegue usted. Y qué temporada con la de ***!....

—Señorita, si el juramento de un hombre honrado aunque melancólico....

—Nada, nada; no sea embustero, vamos!

Mi doble tocayo es, por lo visto, un coreógrafo notable y enamorado de afición.

Yo no había pisado tal baile.

Empecé á temer que cualquier día me encontrára casado y con familia abundante, sin saberlo.

Decidí variar la firma social que habían concertado entre sí mi nombre y mi apellido y pasarles á ustedes esta circular con la nueva firma literaria que hemos convenido yo y mis apellidos.

Tanto más me decidí, cuando el coronel Jerez me dijo que en España había otro, tambien tan Arturo y tan Giménez como yo, y que escribía (no sé si cómo yo, también, pero y no lo deseo por él).

Aquello, aunque dicho por Jerez, me supo cuando más á *Carlon* de inferior calidad; no porque no pudiera yo salir ganando en la confusion, sino porque cualquier día pueden considerarme cuando menos bígamo, si el de allá ha tenido la desgracia de casarse.

Por tales fundamentos, comunico á ustedes que desde ahora, firmaré agregándome el apellido de mi señora mamá.

Ahora solo falta que, como este apellido es *Pastor*, me soliciten cualquier día para una majada desamparada, ó me confundan, con el Dr. Soler el *Pastor de la grey uruguaya*, y me nombren arzobispo.

Besa á ustedes la mano su atento y seguro servidor, desde hoy,

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR.

S. A. la Princesa Elena de Orleans

He creído que sería interesante para ustedes conocer á la princesa que tanto trabajo ha dado al telégrafo y á los corresponsales, y á los cronistas de modas, y á las mujeres de todo el mundo, con motivo de su casamiento con el duque de Aosta.

Sobre este acto final de la unión de las casas de Saboya y Orleans se ha hablado tanto ya, que me supongo que conocen ustedes todos los detalles de él, y les ahorro charla inútil; y no se crean que es por guardarme, ante el retrato, ante la realidad, los comentarios que me sugiere la tan ponderada belleza de la princesa Elena de Orleans ¿eh?

No; es que me figuro que los comentarios los harán ustedes, y me creo, deveras, que hemos de estar de acuerdo.

Y á los pies de S. A. R. y de ustedes.

CHUTE Y BROOCKS

RETRATO DE LA SEÑORITA LUCÍA DE ARTEAGA

EL PARTIR

JULIO

¡Adiós, adiós! Siempre aquí
quedará, aunque tú te vayas
lejos, lejos de estas playas,
tu recuerdo, Eugenio, sí!!

EUGENI

¡Julio amado! ¿
(¡Alma mía, y
al abandonar la
que tu viveza e

CORO GENERAL

¡Adiós, adiós! Siempre aquí
quedará, aunque tú te vayas
y dejes al fin tus *playas*,
tu recuerdo, Eugenio, sí!!

JUAN

Se vá; sacarlo he podido
de Julio el enojo fiero
arrostrado, porque quiero.....
¡De veras, soy atrevido!

LOS ESTUDIOS FOTOGRÁFICOS

IV

EL DE CHUTE Y BROOCKS

—¿El señor ó los señores Chute y Broocks, señorita? dije yo á la amable y joven empleada que atiende allí, en la severa sala del Estudio.

Chute y Broocks... La verdad, para nosotros los de la generación nueva, son casi un mito. Desde chicos, tras los grandes nombres de antes, de otra época, los nombres del célebre Bate, del conocido Fleurquín, hemos oído sonar el de Chute y Broocks, y sus retratos, del santo y los milagros, sin conocer más que estos últimos. Chute y Broocks... ¿Era un solo apellido doble? ¿Eran dos socios? Casi nadie ó muy pocos lo saben aún. Siempre ese nombre que veíamos al ir y volver del colegio, reverberando en las letras doradas que adornan aquel balcón de la calle 25 de Mayo, tras del cual una vidriera empañada nos prometía la duda sobre cien raros misterios de la luz que allí dentro debían practicarse, entre los iniciados, nos excitaba la curiosidad.

Aquellos nombres ingleses nos sabían á seriedad y rigidéz, á severidad casi, y al ver un retrato hecho allí, decíamos con cierto respeto:

—¡Ah! De Chute y Broocks!

El que se había retratado allí debía ser rico, porque un inglés ó unos ingleses no podían menos de cobrar caro, y *sin rebaja*, que era lo peor. Ya nos había acostumbrado á esto la *Tienda Inglesa*.

Allí se retrataban todas las bellezas, todas las personas de *chic*, todos los hombres serios, todas las personas formales.

Despues, la concurrencia desgranó aquella clientela, aquel monopolio ejercido por el nombre inglés y su fama de concienzudo artista.

Fitz Patrick arrastró á su galería casi toda la juventud femenina, revolucionando el arte de la fotografía, hasta entonces algo rutinario entre nosotros, con su cuidado de los detalles de traje y composición. Dolce llevó á su estudio á todas las amantes del efecto y del contraste, y Calligaris con sus bustos evocados de lo negro se hizo dueño de todas las bellezas de ojos sombríos y perfil enérjico.

Pero Chute y Broocks conservaron su cetro del retrato serio, inglés, exacto, severo.

Y digo conservaron, porque son dos; el misterio (que para mí al menos lo fué hasta ahora) se reveló.

Había de aparecer el retrato del fotógrafo, y hubo necesidad de acudir á Mr. Broocks, *el viejo*, como lé llaman cariñosamente allá en el estudio.

Mr. Broocks titubeó; ¿su retrato? ¡Hombre! Era curioso! No, qué demonios! (esto lo diría en inglés) Que sacaran á Manuel Morgade, el *operador*, que era el que acreditaba la casa.

—Sea por Manuel Morgade, dije yo.

Y allá en la mesita llena de periódicos, en que se reía CARAS Y CARETAS, sonreía también la simpática Ana, la amable y graciosa empleada, que, inclinada la cabeza, con aquella suave prolijidad que solo tienen las manos finas y nerviosas de una muchacha bonita, retocaba los positivos, mientras el General Tajes, cubierto con aquel brillante uniforme azul vivo, rabioso, que le diera algún pintor fantasista, y destellando amarillo de cromo sus entorchados (aquellos que le pesaban, sin duda) miraba desde su marco de oro la rubia cabellera de la jóven, recogida con sencilla negligencia, en tanto que don Luis Eduardo Perez, con su contraido ceño y su barba opulenta é hirsuta, parecía enojado con Manuel Morgade, fastidiado él también de sostener aquella postura eterna en su óvalo dorado.

En eso se abrió la puerta del tocadorcito y salió una figura blanca, blanca, algo ruborosa bajo su velo de novia.

—Eh. dije. Una boda!

—Dos recién casados que vienen á retratarse, me dijo la linda empleada,

Entraron al estudio todos; *ella*, haciendo crugir su traje blanco; *él*, muy rizados los bigotes, muy estirado el frac; la cuñadita, y la suegra!

Iban á retratarse con suegra y todo!

Entonces entró en acción, Manuel Morgade.

¿Qué les diré á ustedes de Manuel Morgade? ¡Caramba! Es para causar la desesperación de cualquiera.

Nada de extraordinario; no tiene ni la cara de inglés clásico de Fitz Patrick, ni se refleja, en sus pupilas, como en la pupila soñadora de Dolce el destello ideal de la suprema aspiración poética, ni se derrama sobre su frente la cabellera genial de Calligaris.

Sin embargo; éí ha hecho esos severos retratos, tan limpios, tan claros en que muestra toda una geración de gentas formales que ha pasado ante el lente de su máquina.

Y allí ví los procedimientos de ejecución.

Apresurado, como quien no tiene tiempo que perder, rápido y seguro, en dos minutos, repartiendo aquella saludable advertencia de *no cansar la vista*, *no cansar la vista* antes de tiempo, había concluido una placa de primer órden, como la mayoría de las que fija.

Y si no, vean ustedes su *obra maestra*, que como tercera de nuestra galería publicamos hoy.

¿Bonita? ¡Vaya!

Por algo iría allí Lucía Arteaga.

Pero quiero dar un dato de importancia para recomendarle á las gentes que se hallen en ciertas circunstancias.

En un santiamén, mientras yo miraba á los recién casados de que les hablé, inmóviles ante el lente, dejó Manuel Morgade en *perfecta armonía*, en la placa, á la mujer, el marido ¡y la suegra!

Es admirable!

ALINA DORÉ.

El puñado de nueces

Domesticó el rey de Frigia
unos monos catirrinos
y en el arte de Terpsícore
logró que hiciesen prodigios;
cubrió sus velludos cuerpos
con elegantes vestidos,
de azafates á las monas
y de nobles á los micos.
Destinó del real alcázar
el más lujoso recinto
para que teatro fuera
del singular ejercicio
donde eclipsaban los monos
al bailarín más conspícuo
dando, al compás de la orquesta,
sus batimanes y brincos.

—

Desesperados vivían
los bailarines de oficio
al verse, con tal afrenta,
por monos sustituidos,
y hubieran entrado á saco
en la jaula de los micos
si en aquella tierra fuera
monería y no delito.
Hablando á sus compañeros
un bailarín muy leído
(porque en Frigia hay bailarines
que han estudiado muchísimo),
respirando odio y venganza,
con voz temblorosa dijo:
—Os juro que he de vengarme
de las monos del rey frigio.
—¿Qué proyectas?
—Tened calma,
lo sabréis mañana mismo.
Con asombro le miraron
sus compañeros y amigos,
y él volviéndoles la espalda,
se fué grave y pensativo.

—

Abre sus doradas puertas
el palacio del rey frigio,
donde arañas y faroles
lanzan destellos vivísimos;
las paredes se engalanan
con tapices de Corinto,
y alfombras de Tafilete
están cubriendo los pisos.
El rey preside la danza
de los monos catirrinos
y está sentado en cuclillas
sobre su trono mullido.
Ha girado invitaciones
á los monarcas vecinos
con objeto de que acudan
á mirar aquel prodigio.
De suerte que en el palacio
y al lado de los ministros
está un madhy del Arabia,
un príncipe del Egipto,
el rey de Tracia, el de Boecia,
el rey medo y el ilirio.

. . . . . .

De dos en dos aparecen
los monos en el recinto
y al compás de grave danza
dan sus vueltas y sus brincos.
¡Nunca los hombres danzaron
con tal donosura y brío!
¡Nunca lucieron sus gracias
con aire más distinguido!
Los soberanos exclaman:
—¡Qué suerte tiene el rey frigio!
Y aunque aplauden y se ríen,
la envidia les tiene lívidos.
Mas cuando el baile se hallaba
en el momento más crítico,
arrojó sobre los monos
el bailarín vengativo
dos kilógramos de nueces
que guardaba en los bolsillos.
En el mayor desconcierto
quedó el baile convertido;
que á trompicones los monos,
con desorden y bullicio,
iban cazando las nueces
con extraño laberinto.
En vano daba la orquesta
acompasados sonidos;
en vano, el maestro de baile
á los monos daba gritos;
en vano; también, clamaba
desde su estrado el rey frigio;
que, al fin, los monos son monos
y esclavos son del instinto.
Mientras los monarcas daban
carcajadas y silbidos,
pudo escapar muy contento
el bailarín vengativo.

—

Cuando yo veo asambleas
de jueces ó de políticos,
me acuerdo siempre del baile
de los monos catirrinos.
¡Qué bien que bailan los jueces!
¡Qué bien bailan los ministros
ostentando los disfraces
de hombres justos y hombres dignos!
Pero, si alguno les echa
las nueces de su bolsillo,
¡adiós justicia! ¡adiós leyes!
¡adiós honra! ¡adiós prestigio!
La danza se desconcierta,
ya no hay orden, ya no hay juicio;
que el hombre es, al fin un mono
y es esclavo de su instinto.

R. TORRO

El domingo se dió en el Politeama *Los Hugonotes*.

Interpretó Duc el papel de *Raul*, la Calligaris el de *Valentina* y la de Frate el de *Margarita*.

Puede calificarse de correcta la interpretación.

Ya hemos emitido nuestro juicio sobre la Calligaris y baste con decir que despues de la audición de *Los Hugonotes*, nos ratificamos en él.

Duc... Pues también lo hemos emitido sobre Duc, y también nos ratificamos. Sin embargo, esta obra es la que le hemos visto interpretar mejor, dentro

de sus facultades. Claro es que la romanza del primer acto no es como para él, pero en cambio el duo final da bastante ocasión á agudos desesperados, y vàyase lo uno por lo otro.

La señora de Frate es una artista discreta. No hay nada que admirar en ella, pero tampoco hay nada que censurar. Canta su parte con afinación y acierto, y no desagrada, por mas que le falta movimiento y algo de expresión en la escena.

Tamburlini y Wanrell acertados.

La Traviata se dió el Martes. La verdad, esta representación no ha de contarse entre los acontecimientos artísticos del año.

Hizo la parte de *Alfredo*, Longone, circunstancia que ha dado por resultado el que los colegas favorezcan al jóven *divo*, con una vistosa combinación de pullas.

Sin embargo, no está tan mal en su papel. Canta con afinación y con gusto; ahora, que hay que acercarse para oirlo, eso es verdad; pero, dirá él, la música es para la jente de buen oido. Le aconsejo que use el espejo para ensayar movimientos más graciosos y elegantes, porque eso sí, las posturas desairadas las ven hasta los de última fila.

La señora de Frate cantó con gracia su aria final del primer acto, pero (y esto para entre nosotros) aquel golpe de tos con que termina la del cuarto acto, parece un golpe en cualquier otra parte, pero en mala parte; es un ataque de tisis fulminante capaz de matar al arte y sus adictos, en masa.

Cavalleria Rusticana despertó gran interés.

De Lucía tuvo que repetir la *siciliana*, que canta con mucha dulzura y artístico brío.

La Petri estuvo muy bien en el hermoso *racconto* y en el peinado, detalle realista de que no suelen preocuparse mucho las *divas*.

Ella y De Lucía tuvieron que repetir ¿á que no se figuran ustedes qué? Pues el final del duo. Nada menos.

Bastante corrección, ya que no mucha fuerza en la interpretación de él; un agudo final muy vigoroso, y el paraiso tuvieron la culpa de esto.

Aplaudimos de buena gana á la Petri por aquel *A te la mala Pascua!* dicho con buena entonación y colorido dramático.

Pero el momento grande de la noche sonó cuando De Lucía cantó el brindis. Admirable.

Suavidad, colorido, vigor, elegancia, talento, todo mostró en él, Tuvo que repetirlo también ¡pues no lo había de repetir!

En fin, que si llegan á pedir la repetición de la escena final, que cantó de un modo majistral, nos oímos dos *Cavallerias* de un golpe.

Scaramella luchando con buena voluntad, aunque con regular éxito Si usted no se empeñase, señor baritono en cantar ciertos papeles!...

La orquesta bien, mereciendo aplausos en el *intermezzo*.

Los coros...

Hemos concluido, caramba! No podemos hablar de ellos.

***

En el Solis debe haberse estrenado anoche la gran compañía de Ferrari, si hemos de atenernos á los avisos.

Promete una gran temporada, y las promesas de Ferrari suelen cumplirse siempre.

Ya iremos enterando á ustedes de ello.

RE-BEMOL.

La "Patética" de Beethoven

Cuestión de manías si se quiere.

Muchos no pueden conciliar el sueño si no leen, al acostarse, dos ó tres líneas de CARAS Y CARETAS; otros se considerarían indignos de figurar entre los especímenes representantes del género humano si no se lavasen la cara por la mañana al levantarse, sin contar los que ¡desgraciados! se creen obligados á tomarse un baño de limpieza, anual por lo menos aunque sea...

Don Antenor Rompeteclas enfermará ciertamente el día que sea vea privado de su *patética* sobre la digestión, porque este señor es todo un *dilettante* admirador ferviente del inmortal autor de la ya antes citada y célebre sonata.

¡Y Lila interpreta tan magistralmente aquella desgarradora música!

¡Como que Lila es hija de don Antenor y tiene unos dedos espejos del alma para lo que á *patético* se refiere!...

¡De qué sesiones digestivo-musicales disfrutan los miembros de aquella familia!

Aunque disfrutar no viene al caso, porque si bien es cierto que pasan todos al salón después de cada comida, es por orden terminante de don Antenor, y no lo hacen algunos de muy buena gana.

—Quisiera regenerar al mundo, dice á veces el tirano, solo con música clásica... Por eso también sólo admito sirvientas en mi casa comprometiéndolas desde luego á que se traguen dos platos diarios de Beethoven...

Es lo primero que él recomienda á la sirvienta, mientras su esposa le repite catorce veces que la que rompa la sopera de Sèvres muere en el acto. ¡Oh. Aquella sopera!...

—Ah!... Y ¿qué ha conseguido usted hasta ahora, don Antenor?

—Hombre, se me han dormido todas las criadas en el acto del concierto... y mandado mudar luego.

Por eso no hay gallega que no pase tres días en lo de los Rompeteclas.

. . . . . .

Lila está pronta para emprenderla con el «Grave», don Antenor prepara el pañuelo que secará sus lágrimas venideras, su esposa corre á la cocina y avisa á la sirvienta (nueva en la casa), que debe cumplir con lo estipulado, recomendándola además que cuide mucho la sopera de pseudo-Sèvres por por la cual tiene mucho apego...

Luego en el salón y tras los primeros acordes, adoptan todos la fisonomía requerida por el caso, esto es, un aire fiambre en extremo...

Ya pasó Lila al *allegro*.

—Un *allegro* que mana lágrimas, se dice por millonésima vez don Antenor para si.

Observa la cara de la novel cocinera y queda atónito.

En vez de apercíbir, cual en el de todas las demás, muestras de aburrimiento, sueño ó indiferencia, la ve triste y sentimental.

En el *Adaggio Cantabile* cree notarle algo así como una auréola de felicidad por la frente, y lágrimas en los ojos.

—Lo que expresa la música, ni más ni menos. ¡Esto es imposible!

Se pasa don Antenor el pañuelo por las impregnadas mejillas...

En el rondó ya no puede más Dolores, (que así se llama la muchacha) y prorrumpe en llantos.

—¡Inaudito! ¡Imposible! Sensibilidad, ¿dónde te has ido á meter?

Todos los Rompeteclas prorrumpen idem, por seguir la tradición; el perrito, (¡lo había olvidado el pobrecito!) aulla tristemente desde bajo el sofá, el teclado del piano está inundado por las cristalinas perlas de Lila; es aquello un valle de lágrimas... don Antenor retuerce su pañuelo, su consorte se lo pide prestado por favor, los chiquitines se revuelcan por el suelo entre sollozos...

¡Y Dolores llora más y más!

El piano calla repentinamente. Todos se miran y tras hondo suspiro, cual si despertaran de enervante pesadilla, vuelven á tomar su aire habitual, murmurando, como en reproche:

—Ah... Beethoven! ¡¡Beethoven!!... El concierto terminó.

Y la digestión ha sido feliz.

Pero Dolores continúa llorando más aún.

—Tendrá usted doble sueldo, Dolores—dice don Antenor.

—Pero...

—Qué haces hombre, le dice furiosa su mujer. ¿Estás loco?

—Calla ó triplico...

—Déjalo, mamá, añade Lila. Con que ¿usted siente, Dolores, siente de verdad? No llore más, la cosa no es para tanto...

—Si, *señurita*, siento... En cuatro pedazos...

—Tiene el alma destrozada! dice don Antenor.

—Pero ¿qué llora?

—La fuente de *yebra* que me se ha *rompido*... Fué sin querer ...

FIRULETE.

ENTRE DOS FUERZAS

NOVELA

POR

ARTURO A. GIMÉNEZ

VIII

(Continuación)

En medio de todo el derrumbe de aquella gran fortuna, de aquella posición de estanciero rico, que sucediera á la muerte de su marido, doña Justa Montero había permanecido fuerte, enérgica siempre, dura; su cuerpo que la vida de campo hiciera récio, y su espíritu firme, de mujer acostumbrada á la vida activa la sostuvieron enhiesta, como esos picos de roca dura, que permanecen siempre desafiando el viento, rodeados de las ruinas que los derrumbes acumularon á su alrededor, aislándolos sin vencerlos.

¡Oh! Fuerte, muy fuerte había necesitado ser para soportar todo aquello, para pasar de la opulencia á la casi indigencia sin quebrantarse, sin que el abatimiento la aplastara, echándola al desaliento mortal que hay siempre en el fondo de las grandes caídas. Pero ella no; era de esas mujeres á que la vida ruda da almas de hombre; allá en su estancia había cruzado un día la cara de un capataz insolente, corriéndole hasta sacarlo de las casas.

Era en los tiempos de su buena fortuna, cuando ella era poderosa; tenía tantas, tantas suertes de estancia, campos ricos, valiosos que le producían una renta inmensa, en los buenos tiempos de la ganadería.

¡Oh! Todas aquellas muchachas podían esperar un buen matrimonio, de seguro; se habían criado hermosas, robustas, frescas como flores silvestres, allí, al aire libre, frente á la naturaleza grande y poderosa Delia, la menor, había sentido así en su niñez todos los halagos de la fortuna, todas las comodidades de la riqueza; había sido la mimosa de su madre y de cuantos pasaban por la estancia, punto de parada de las postas.

Allí la vió una vez José Escalante, el padre de Mario, que pasaba, de viaje, y quedó encantado de aquella muchachita robusta, fresca, que jugaba alegre como un ave libre, siempre en movimiento su gran trenza oscura, juguetona como ella.

Había algo de la admiración del hombre de ciencia en este afecto. El médico encontraba la salud y gozaba al mirarla desbordándose de aquella carita redonda, sonrosada, exuberante de vida; lo había calificado como *un caso* de salud perfecta, y le daba contento contemplarla y acariciarla.

Esto duró poco; un telegrama de Misia Justa, que exigía al recurrir á él, un milagro de la ciencia y el cariño unidos, le anunció que Delia, aquel *caso* de salud perfecta estaba por morir.

Dejó los asuntos que le habían llevado tan lejos; abandonó el pueblo y corrió á la estancia; un tifus horrible se había infiltrado en el cuerpo de la niña; se propuso salvarla; olvidó todo, gastó el tiempo sin preocuparse de él; prodigó su ciencia y su cariño y sus cuidados hasta verla salvada, libre de la amenaza de muerte.

Él era así, generoso, pródigo de sus afectos y gustaba de olvidarse de sí y de sus intereses; de él heredaba Mario aquel carácter despreocupado y aquellos arranques extraños.

Despues de salvarla no quiso cobaar nada y se volvió sin querer que le hablaran de ello

Esa deuda de gratitud unió las dos familias cuando Misia Justa tuvo que venir á Montevídeo empujada por la ruina; casi todos los campos estaban ya perdidos.

La ambición y la mala fé de *El brasilero*, ese enemigo que todas, en la casa, se habían acostumbrado á mirar como un jenio del mal, oculto, inflexible, voráz, implacable, se los había arrebatado.

Un pleito ruinoso, de esos que van devorándolo todo, exigiendo, nuevos Minotauros, su tributo no ya anual, sino diario, fué arrancándole á Misia Justa todo; primero los campos; despues el embargo concluyó con los ganados; por último la estancia, las casas, todo acabó por desaparecer bajo un océano de papel sellado.

Misia Justa luchó como leona herida que se defiende. No, *el brasilero* no había de salir con la suya; ella tenía la razón y ¡ya se vería! El delirio del litigio se apoderó de la pobre señora; nada de transacciones ventajosas, de arreglos decorosos, de recursos prácticos; pleitear, pleitear y pleitear. Que aquel hombre no se llevase nada.

Se lo llevó todo.

Entonces fué cuando se trasladó á Montevideo, á seguir de cerca sus asuntos; el pleito llegó á ser para ella una necesidad.

(Continuará).

Pues señor! Esto se llama hacer las cosas completas.

De los paquetes enviados á Campaña el domingo anterior, con sus correspondientes, ejemplares bien contados, no llegó *ninguno* completo á su destino.

Es decir, que por bien contados que los enviáramos, más contados fueron los que llegaron.

¿Y á que no saben ustedes por qué?

Porque se robaron los restantes.

Nada más que por eso. Parece mentira!

¿Dónde?

¡Ah!

«Adivina adivinador
cuáles son los pájaros que roban mejor.»

***

De una correspondencia de la Baronesa Livet:

«El gran mundo ha dedicado por un momento toda su atención al matrimonio de Mlle. D'Aprenneville, una bellísima descendiente de la vieja nobleza, que se casó esta semana con Lord Barclay-Buck, duque de Ludzon y par de Inglaterra.»

—¡Qué escándalo singular!
—me decía ayer Miguel—
con dos maridos casar!
—¡Qué?! Sí; esa mademoiselle
se ha casado con *un par*...

Hemos recibido *El Sud-Americano*, nuevo periódico que dirije el señor Florencio Escardó.

Retribuimos su saludo y le deseamos

con un apretón de manos
que, con la gracia de Dios,
le vaya mejor que á los
demás Sud-Americanos.

Que, deveras, no andamos muy bien por acá, en esta pátria de Oribe y Epifamo Zaballa.

***

Un trabajador gallego,
según noticia que leo,
levanta, sin hacer fuerza
dieciocho arrobas de peso.
Pues á ese Sansón terrible
le apuesto... ¡Vamos! Un peso,
á que no levanta á Julio
y le saca del Gobierno.

***

«Berlín, 4 — El emperador salió para Cowes á asistir á las grandes regatas que se celebrarán alli. —Estará de vuelta para presenciar la parada de los veteranos.

El emperador hizo colocar abordo de su yacht una combinación de luces eléctricas, según planos elaborados por él mismo.»

¡Caramba! Cualquier día se dedica S. M. á inventar muñequitos de resorte.

Me figuro lo que habrá dicho nuestro Don Juan Excelencia.

¡Lucecitas á mí! Tuviera yo yacht y lo convertía en una arca de Noé, con todas las parejas de animales comestibles

¡Qué inocentes los gobernantes de por allá!

***

De *La Razón:*

«Anteayer se embarcó para Buenos Aires despnés de haber permanecido varios días entre nosotros, el coronel argentino señor Montaña.»

Una montaña que se va? ¡Respiremos! Pues sus favores

la fortuna hoy no escatima
y podemos decir ya
que un gran peso se nos ha
quitado anteayer de encima.

***

Don Juan se retira tarde
(las dos de la madrugada),
y su señora le increpa
furiosa, desde la cama.
—¡Buenas horas de venir!
¿Dónde estuviste, canalla?
—Mujer, encontré en la calle
á un amigo de la infancia
y me entretuve con él
dos horas, charla que charla.
—¡En la calle! ¡Tu estás loco!
¡Si está cayendo una helada!
—Eso es verdad.
—¡Con el frío
se helarían las palabras!
—¡Qué! ¡Si hablábamos los dos
con frases muy embozadas.

Correspondencia Particular

L. Vale Roso—Montevideo—*Vale-roso* necesita ser el que se atreva con sus versos.

S. S. R.—Idem—

De tonto lo tomó Mesa
si le ha hecho á usted creer
como su carta lo reza,
que tiene usté una cabeza...
No, hombre, no; qué ha de tener!

Firulete—Idem—Ya vé usted que va. Siempre que sean así...

Bebé chico—Pando—Y gracias que es usted *chico;* que á ser grande...

Y qué grandes escribe las tonterías aún siendo chico!

Precocidad, naturalmente.

Colas—Minas—Pero no, hombre, no! Las suegras, que nunca han servido ni para el fuego, ahora no sirven ni para dar tema á artículos malos.

Una suegra en un artículo tan malo como el suyo, constituye una circunstancia agravante.

Don Luis el Tumbón—Montevideo—

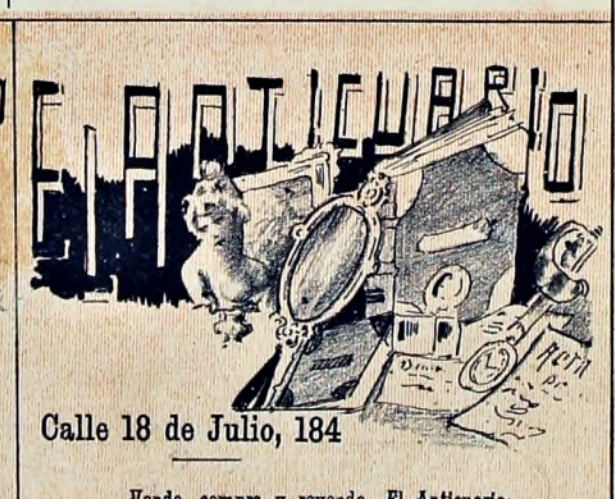
Leí el versito,
Medité un poco,
lancé un suspiro
y dije: Topo!

Si hubiera estado usted por delante también lo digo.

R. Saeta—Canelones—Es usted laborioso como un buey, y torpe... como un buey.

Calle Sarandí, 359
Retratos modernos de busto á la romana.

A Dolce, es ya cosa vista
nadie á retratar le gana
y, como es todo un artista,
no hay niña que se resista
á vestirse de romana.



Calle 18 de Julio, 184

Vende, compra y revende «El Anticuario» libros viejos, vulgares, nuevos, raros, y, por más que parezca extraordinario los paga bien y no los vende caros.

Fotografía de moda
por la high life preferida
donde retrata toda
la gente más distinguida.

CALLE COLONIA 2, 4, 6, 8

Dá el «Polo Bamba» un café
de clase tan superior
que beber no logra usté
en el mundo otro mejor.

CASA ESPECIAL EN CAFÉ

Hace esta fotografía
retratos tan excelentes
que á ella acuden á porfía
las más distinguidas gentes.